

## LIBROS

Germán Colmenares

### Reseña de Indalecio Liévano Aguirre, *Los conflictos socioeconómicos de nuestra historia*. Publicaciones de las revistas *Semana* y *La Nueva Prensa*<sup>A</sup>

Los capítulos de Liévano Aguirre sobre historia colombiana han sufrido azares periodísticos dignos de su truculencia. Su suerte ha estado ligada a reales o presuntas presiones de carácter económico a conocidos órganos de opinión. Este hecho —que trasciende nuestras intenciones al comentar la obra de Liévano Aguirre— ha contribuido a su prestigio en algunos sectores políticos. En su [en]torno se han suscitado mal disimulados debates ideológicos y todos recordamos que a raíz de las conmemoraciones del sesquicentenario se insinuaron velados ataques contra la tesis del autor. Nuestras minorías expresaron su indignación por la irreverencia. Hasta el presidente de la república, en un discurso académico, rodeado de todo el aparato escénico que suele desplegarse para la recepción de un nuevo miembro a nuestra Academia de

---

A En *Esquemas*, año I, n.º 2, agosto de 1961, 23-25. Sobre la revista *Esquemas*, creada por Jorge Orlando Melo, Germán Colmenares, y otro más de sus amigos, uno de ellos el recientemente desaparecido Rubén Sierra Mejía —un gran animador de la divulgación de la historia de Colombia, en los últimos 25 años de su vida—, hemos hablado en la presentación de este *dossier*. El libro de Indalecio Liévano Aguirre, al que varias veces se refirió Germán Colmenares, es un hito importante de la historiografía colombiana, y sigue publicándose con mucho éxito. En esta oportunidad Colmenares se refería a una parte de la obra, que se encontraba en publicación, —comenzó publicándose por entregas—. Colmenares menciona las presiones que pesaron sobre los propios editores de la obra, pues con todas las insuficiencias que podamos encontrar hoy en día en el texto de Liévano Aguirre, sumadas a las que encontraron sus primeros críticos, *Los grandes conflictos sociales y económicos de nuestra historia* —que fue el título final de la obra— fue una variante radical importante de la interpretación liberal de la historia de Colombia, una interpretación que las instituciones culturales de la época —entre ellas las academias de historia—, y las opiniones oficiales de los gobiernos, no miraron con simpatía, sobre todo por la idea, estrambótica en este entonces, de que los conflictos sociales podían tener relaciones con la “economía”, y por su exaltación populista de las masas, que no tenía antecedentes tan claros en la historiografía nacional —la obra *Los Inconformes* de Ignacio Torres Giraldo, que se mueve en el mismo registro, solo se difundirá de manera amplia a partir de los años 1970, y en un contexto diferente—. Recordemos, además, que de una manera que parece a primera vista contradictoria, esos años de tanta conservatización política coinciden con un periodo de renovación cultural urbana, de aumento del mercado del libro, de crecimiento de la educación, y seguramente de aumento del número de lectores, como lo mostraron las ferias del libro de esos años. De hecho, la obra de Indalecio Liévano fue a su manera un *best-seller*. Por fuera del elemento incidental de la polémica, el autor de la nota —ya que no podemos hablar exactamente de una reseña— llama la atención sobre un asunto historiográfico de entidad mayor y de actualidad: las relaciones que el historiador establece con la política, no como ciudadano, no como habitante de la *polis*, sino como historiador, en el marco de la investigación y de la interpretación de la obra que propone a los lectores. Lo que le importaba sobre todo a Colmenares era diferenciar dos esferas legítimas de actuación, relacionadas y conectadas, pero que en su opinión no debían confundirse: la investigación histórica y la actividad política.

Historia [¿mencionó la obra!?). Pero nadie tuvo en mientes en aquella ocasión la verdadera naturaleza del litigio, sospechamos que por ausencia de un mediano sentido del humor. A todos preocupaban otras consideraciones, al parecer más inmediatas que las que obligan a escribir esta nota. Acaso los de mejor buena fe se proponían apenas impugnar afirmaciones políticas, no una tesis histórica. Sería deseable que siempre se entendiera así, pues de lo contrario correríamos el riesgo de comprometer una vez más la verdad histórica en nuestras querellas infructuosas. Y sería peligroso no porque esta verdad se encuentre definitivamente a salvo, rescatada por eruditos dignos de crédito, sino porque una nueva deformación de nuestra consciencia histórica constituiría un obstáculo a todo intento sereno y laborioso en tal sentido. Encadenar la aceptación de una tesis histórica al carro de la victoria política resulta contraproducente. La libre investigación se vería siempre entrabada por la verdad de turno y el precedente alentaría todas las audacias.

Como este es el caso de la obra que comentamos, nos parece conveniente ocuparnos —y esta vez en nombre de la ciencia histórica, no de una confesión política— de sus peculiares interpretaciones. Si es peligrosa la imposición de verdades frente a las cuales el espíritu crítico se halla enteramente desarmado, el caso de esta obra resulta alarmante. Sus opositores la combaten sin más autoridad moral que la que ostenta el autor, y sin otros argumentos que los que proporcionan tesis políticas igualmente válidas, aunque sin el incentivo de la novedad.

El advenimiento de un nuevo mito en las actuales circunstancias contribuiría a multiplicar la confusión de los espíritus, demasiado solicitados ya por controversias ideológicas amparadas por un aparato jurídico abrumador para el hombre corriente. El Derecho y la Historia se han visto comprometidos en una lucha que escapa a sus propósitos —a todas luces más dignos de crédito—. Es lamentable que en Colombia los políticos que no pueden hacer la historia la escriban o que los abogados hagan la política. Pero aún más lamentable que la validez de una tesis histórica dependa del éxito político de un grupo. Ella se verá confirmada aparentemente por los argumentos todavía más ingenuos de sus opositores y ostentará el prestigio de la oposición a la verdad oficial. O se verá rodeada por el nimbo de la persecución. Pues parece como si cierto tipo de verdades dedujeran su validez de la fuerza moral que comunican. Particularmente las verdades de tipo religioso y político. Aquí pudiera residir el equívoco de quienes vieran en una interpretación política una verdad histórica, es decir, de quienes confundieran aserciones morales con afirmaciones políticas. Podemos advertir con facilidad cómo es posible confundir el orden de la objetividad histórica, muy fácilmente deslindable puesto que se refiere a peculiaridades del ser, con el orden de objetividad de otros valores que se refieren a la normatividad, es decir al deber ser. En otras palabras: la historia, como hecho acabado, se presenta a la conciencia como objeto distinto de la moral o de la política. Estas últimas podemos amoldarlas a las más íntimas exigencias de nuestro ser social y allí reside la medida de su verdad. Aquella

sólo podemos aceptarla en su realidad fáctica, que no depende de nuestras propias necesidades sino de nuestra vocación a la verdad.

Esto no significa relativizar la moral o la política. Significa apenas admitir el hecho escueto de la historicidad del hombre. Si este se enriquece en alguna medida puede así mismo profundizar su concepción moral y política. Pero no puede desvirtuar su propia historia contemplándose en el pasado a la luz de sus nuevas conquistas. El error estriba en creernos mejores o peores de lo que hemos sido realmente. Esto puede ocurrir cuando la imagen histórica del hombre se contempla desde el presente, cuando se ha enriquecido, si aceptar que alguna vez fue distinto. O cuando se pretende una naturaleza humana inmutable, un hombre definido para siempre por una doctrina tradicional.

Puede que esta exposición nos haya llevado un poco lejos. Pero conviene poner de presente nuestra actitud mental frente al problema histórico en general y al problema de los mitos. Estos surgen ante la impotencia de la racionalidad. Una interpretación que oscila entre el balbuceo poético (por la expresión de oscuros sentimientos) y las afirmaciones gratuitas, tiende siempre a adueñarse de la consciencia en sustitución de la verdad, cuando la realidad no encuentra una delimitación objetiva adecuada. Recordemos que el mito es anterior a todo planteamiento gnoseológico y científico.

En Liévano Aguirre hallamos todas las circunstancias que le hacen sospechoso a la pura racionalidad. Su obra entera sigue una línea demasiado simple, casi diríamos que excesivamente fácil, si no fuera por el esfuerzo que supone encajar una multitud de detalles dentro de un esquema concebido de antemano y entresacado de definiciones políticas contemporáneas. La lectura de los primeros capítulos hace prever en su integridad los que faltan. La historia pierde su peculiaridad, el acontecimiento su calidad de *sui géneris*. Todo parece puesto allí para que saquemos a la postre una conclusión desfavorable sobre la entidad moral de las minorías y alabemos hasta las debilidades de la mayoría. Tal vez el autor no ha debido ocuparse del pasado concebido como historia sino del presente que debe definirse con las categorías que emplea el autor. La ampliación desmesurada de los factores económicos en una interpretación de tipo histórico señala una preocupación por el presente que no se compadece con la objetividad que requiere el pasado. Mucho se ha prevenido a los historiadores sobre esta sencillísima regla y parece evidente que el autor quiere infringirla. Trasladar nuestras preocupaciones al pasado es el camino más fácil de pecar en contra de la historia. Pero el autor incurre en la demasía de emplear un vocabulario elaborado por una corriente política contemporánea como para dotarla de una genealogía mitológica. Cualquiera que haya leído la *Eneida* y conozca las vinculaciones de Virgilio a la gens Iulia podrá explicarse las intenciones del autor. Pero si la comparación resultare demasiado ilustre basta con recordar la curiosa visión de la historia que tenían algunos fervorosos románticos del pueblo. El pueblo era una evocación sentimental de la masa, que en Colombia se utiliza para designar efectivos electorales. Era la palabra

que servía para atraer a los anónimos lectores de folletines, escritos para halagarlos. Eran, en fin, aquellos famosos hijos del pueblo cuya genealogía quiso transmitirnos Eugenio Sue en un novelón de proporciones heroicas. Toda la historia de Francia contempla los sufrimientos lacrimosos de una familia cuyos ascendientes habían sido los primitivos dueños de las Galias. Con una crueldad infinita Eugenio Sue los hace soportar por veinte siglos las persecuciones de todos los gobernantes. Se complacía el escritor en imaginar a los sufridos hijos del pueblo a las plantas de César o padeciendo las torturas ideadas por un conquistador franco. La novela resulta indescriptible, pero recomendamos su lectura a quien quiera hacer provechosas comparaciones con las entregas de la *Nueva Prensa*. Aquí vuelven a resucitar los hijos del pueblo que se transmiten sus símbolos y sus sufrimientos a través de las generaciones. Creemos con fundados motivos que el inmarcesible Sue palidecería de envidia.

Estas sospechosas coincidencias se ven estimuladas por la avidez de los colombianos por el folletín. Y favorecidas particularmente por la ausencia de una tradición dentro de este tipo de estudios. A las interpretaciones nacionalistas y limitadas que se han elaborado con fines puramente escolares se suma esta interpretación, un poco espectacular. Con todo, la culpa no recae íntegramente en el autor. Él apenas aprovecha los recursos de su imaginación y la ignorancia propiciada por los manuales escolares. A interpretaciones indebidas del sectarismo opone lo que él cree un derecho correlativo.